CAPITULO VII.

De la vida, pasión y muerte de Jesús.

I

SCHELLING citado por A. Nicolás dice: "El hecho de la existencia de Jesucristo se nos presenta, tal como el Evangelio lo ha descrito." Así confiesa Schelling que hay un libro que lleva el título de Evangelio; confiesa que ese libro se ocupa de referir la vida de Jesucristo Nuestro Señor y por último confiesa que la realidad de esta existencia, que este sabio mira por una parte fuera del relato del Evangelio, está enteramente conforme con la descripción que por otra hace de aquel personage histórico este sagrado libro.

Y en presencia de la confesión de este sabio ¿qué es lo que puede objetar la crítica más parcial y apasionada contra la certidumbre de tal existencia?

II

Nada en verdad, y puede agregarse con A. Nicolás: que "si se destruyen todos los monumentos históricos, queda anulada la certidumbre de la vida de César y casi la de Napoleón; mientras que la certidumbre de la vida de Jesucristo sobrevivirá todavía, porque subsiste en *un hecho siempre vivo y actual*, el cristianismo. El cristianismo que no es la doctrina sola sino la

sociedad cristiana que existe no en un rincón oscuro y desconocido sino en todas partes, en Francia, en Europa, por todo el mundo.

Pues bien, este hecho, el más inmenso, y arraigado de todos los hechos y del cual todos los otros no son más que *accidentes*, este hecho tiene por *centro y punto de partida*, *la persona de Cristo*, *el Cristo solo.*

En efecto si cerramos los ojos para no ver ninguno de los monumentos que recordando están la venida de Jesucristo Nuestro Señor, si quisiéramos tapiar nuestros oídos para no oír lo que nos dice la historia, dejaríamos de ver á esos grandes como César y Napoleón, cuya memoria está dependiente de pequeños trofeos y de plumas que con más ó menos elocuencia nos han descrito sus hazañas; y con todo eso, no dejariamos de ver en las naciones católicas y aün en las protestantes la verificación de un hecho que es la existencia del cristianismo, hecho que se llama así porque Cristo es el fundador del cristianismo, cuya moral sublime, revelando está hace diez y nueve siglos toda la pureza y santidad de la persona de su Divino Fundador.

III

Si su vida es la más alta y la más pura, toda la cuestión está en esto. "¿Es verdad que ese Jesús de Nazareth hizo ver en la tierrá la vida divina y humana más alta y más pura que es posible aparezca en ella? Estuvo en vida constantemente victorioso del error y del mal, aunque enteramente sometido á las leyes de la tierra y de la historia de nuestra humanidad?"

"Esta vida tomada en el seno de Dios fundó el reino de Dios para Israel y para todas la naciones, para todos los hombres y para siempre."

Pues bien, ese es cabalmente el fruto de las averiguaciones más exactas y de la creencia más profunda.

¿Qué pueden decir de esa vida de Cristo los que hoy día dudan? ¿No está en toda su realidad ante nuestros ojos? Acaso toda nueva averiguación y todo nuevo esfuerzo científico no ha-

008210

ce resaltar su realidad con una claridad más esplendente? No se encuentra su sublimidad siempre más sorprendente de lo que se había pensado?

Sí, esa vida es hasta el fin de todos los siglos la luz que alumbra á todo el género humano. ¿Y quién puede por lo tanto tener todavía apego al error, quién puede estar abatido, descorazonado si ha divisado esa luz una sola vez? ¿Y en qué tiempo, en qué lugar, en qué corazón no brilla esa luz?

"Asi lo enseña *Ze Se Gahte Cohri Stus und feiner Beit*" y nadie puede dudar de la existencia ni de la pureza y santidad de Jesucristo, sin publicar una ignorancia supina ó una notoria mala fé, cuando tenemos pruebas de que Cristo vivió y vivió bien; y de que sin embargo de su santidad fué martirizado públicamente.

IV

De esas pruebas habla Tertuliano en su "Apologética" cuando dice á los Romanos: "En vuestros archivos públicos teneis el relato de la catástrofe que señaló la pasión de Jesús." Y nosotros agregamos que todo el que conozca algo de historia, sabe por fuerza, ¡con cuánta diligencia reunían y conservaban los Romanos en sus archivos públicos los anales de los hechos dignos de recordación! y sabe por fuerza el contenido de la carta que Poncio Pilato, Gobernador de la Galilea dirigió al Emperador Tiberio, dándole cuenta del suplicio de Jesucristo.

V

Y son tantas las pruebas que hay de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo que por eso dice Frayssinous en su "Defensa:" que hace diez y ocho siglos apareció en la Judea un personage extraordinario llamado Jesús de Nazareth, notable por la santidad de su vida y á quien *el odio de los Judíos* hizo morir en una cruz bajo el reinado del Emperador Tiberio, es un hecho atestiguado por la *creencia más antigua, constante y universal*, por una *serie no interrumpida de testimonios de escritores que se suceden y sostienen mutuamente* desde su orígen y por la *autoridad misma de los enemigos más encarnizados del nombre cristiano;* es decir, de los judíos y de los paganos. De este modo la existencia de Jesucristo en la época en que la coloca la *historia evangélica*, está mejor probada que la de ninguno de los más famosos personages de la antigüedad, tales como Sócrates, Alejandro ó César de quien nadie duda; y el no ver en Jesucristo más que un sér fabuloso, sería no sólo el colmo de la impiedad á los ojos del cristianismo, sino el colmo de la demencia á los de todo hombre sensato."

Y aunque no dice Frayssinous quién fué el que crucificó á Jesucristo; lo dice un autor en sus anales como vamos á ver.

VI

Este autor es Tácito que al hablar de los cristianos dice: que "tenían su nombre de un Cristo que Poncio Pilato hizo crucificar bajo Tiberio."

En tiempo pues de Tácito, no sólo existía ya el cristianismo, sino que era sabido que sus prosélitos derivaban su nombre tenido entonces como ignominioso, del nombre de Jesucristo Nuestro Señor que Poncio Pilato había hecho crucificar como malhechor en los días luctúosos del Emperador Tiberio.

De esta manera, aún cuando no pudiéramos invocar otro testimonio que el de Tácito para comprobar la verdad del hecho, sería con todo cierto, como decimos al rezar el Credo: que *Jesucristo Nuestro Señor fué crucificado bajo el poder de Poncio Pilato.*

Y no se diga que la pasión y muerte de Jesucristo es un hecho aislado y sin trascendencia para la humanidad.

VII

Por el contrario, la muerte de Cristo Nuestro Señor es el momento preciso en que acaba toda la historia antigua y su se-

pulcro parece que no se cierra sino para sepultar en él la vieja humanidad.

Gratry en su obra "Sofistas y la crítica" se expresa así; y no hay un sólo historiador sensato que no corrobore semejante aserto."

¿Quién no confiesa que las tinieblas que oscurecieron la inteligencia humana se disiparon cuando del sepulcro de Jesús brotó la luz brillante del cristianismo? ¿Quién no confiesa que las llagas asquerosas que cancerado tenían el corazón del hombre desaparecieron y curadas se cerraron con la sangre preciosa que derramó Jesús en el Calvario de la manera más espontánea y amorosa?

VIII

Por esto precisamente dice el racionalismo con M. Renan: "Aún podía evitar la muerte; pero no lo quiso.—Prevaleció el afecto á su obra.—Aceptó beber el caliz hasta las heces..... Y ya no queda más que *el héroe incomparable de la pasión*, el modelo cabal que todas las almas afligidas *meditarán para restablecerse y consolarse.*"

"Vió en su muerte la salvación del mundo; perdió de vista el horroroso espectáculo que se desplegaba á sus piés, y profundamente obediente á su Padre, comenzó en el patíbulo la vida divina que *iba á continuar por siglos infinitos en el corazón de la humanidad,*"

El racionalismo confiesa de ese modo que el sacrificio de Jesús fué voluntario y obra del amor que tenía á su misión divina; que sufrió el suplicio con heroicidad incomparable, haciéndose el objeto de meditaciones consoladoras.

Confiesa el racionalismo que *Jesucristo* vió en su muerte la salvación del mundo y que en esta misma muerte comenzaba la vida divina que por siglos infinitos iba á regenerar el corazón humano; y haciendo esta confesión el racionalismo, se constituye propugnador de la perpetuidad que Cristo prometió á su

Iglesia con las palabras: *et portæ inferi non prævalebunt adversus eam:*

IX

Oida la confesión del racionalismo, qué mucho que el espíritu religioso exclame con A. Nicolás: "¿Cómo pudo cambiar la faz del mundo este muerto semejante en todo á los demás muertos, según M. Renan y cómo tuvo más acción que ninguno otra vida? Comunmente la vida es la que funda y la muerte la que derriba; mas en Jesucristo es á la inversa, pues su misma vida fué infecunda y sólo su muerte y por *su muerte redimió al mundo.* De lo alto de su cruz fué donde lo atrajo todo *á sí* y lo sacó de sí todo; y en *aquel cadalso* y en este estado, es donde *continúa al cabo de dos mil años, santificando y vivificando al mundo.*"

En efecto, ¿qué muerto ha tenido más influencia sobre su posteridad? La muerte ha venido siempre á enterrar en la oscuridad del sepulcro todas las glorias de los más grandes hombres, hasta el extremo de no saberse sino por muy pocos el lugar de su sepulcro. ¿Y quién ignora el lugar del sepulcro de Cristo Nuestro Señor?

¿Quié no sabe que su muerte nos redimió del cautiverio del mal?

¿Quién no vé en la cruz el instrumento de nuestra salvación quién no se siente atraído hacia ella por una fuerza misteriosa?

¿Y quién no palpa que Jesús crucificado es el que vivifica y santifica desde hace dos mil años á las naciones que le han seguido en el Calvario con la esperanza de acompañarle amándole siempre con la ternura inextinguible de la caridad?

X

Así que, todo nos autoriza á decir con Emilio Castelar: "Véase señores, cómo la historia, la religión, los dogmas, las esperanzas del pueblo Hebreo traen consigo á Jesucristo. Señores,

antes de concluir mirémos á Jesús: el Eterno, el que había en su mano cogido la candente materia y formado los astros, para arrojarlos como notas de un gran concierto, en los espacios, no encuentra asilo en el universo; el que con su soplo infundió la vida al espíritu humano, no es entendido ni escuchado de los hombres; el que encendió el sol, tuvo frio; el que derramó las aguas en la tierra, tuvo sed; el que había dado vida á tódos los séres que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; *el que había forjado todos los poderes de la tierra,* fué esclavo de los jueces del mundo; el que se apareció en el Sinaí en gloriosa nube, teniendo por mensajero el trueno, el huracán y el relámpago, por cetro el rayo, inundado con los resplandores de la luz increada, hablando por la voz de la tempestad, y de los espumosos torrentes, la causa de toda existencia, el creador de toda vida, *muere* en afrentoso suplicio, en el Calvario, *entre dos ladrones,* y al *morir derrama en el mundo la verdadera vida, el eterno espíritu que va á ser el alma de toda civilización.*"

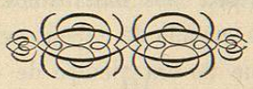
¿Y qué podremos agregar á lo dicho por Emilio Castelar, sino que creemos firmemente en la vida, en la pasión y en la muerte de Nuestro Señor Jesucristo?

XI

Y que creemos en ella como lo predicó el Cardenal Cheverus diciendo: "Supongamos un hombre tan generoso que viendo á uno de vosotros expuesto á sucumbir en manos de su enemigo, se arroja entre él y el asesino y le salva la vida con su muerte. Un pintor conmovido por semejante rasgo de heroismo hace el retrato de aquel hombre tan generoso y lo presenta cubierto de llagas y bañado en sangre al salvado. ¿Qué hará éste entonces? Lo abrazará con amor y reconocimiento—lo besará—lo regará con lágrimas y su corazón experimentará las más violentas impresiones. Hermanos míos, este es el *dogma católico sobre la cruz.*"

Pues bien, digamos con el Cardenal Cheverus que creemos

así el dogma católico y que en esta fé y creencia queremos vivir y morir como católicos, apostólicos, romanos.

XII

La vida de Jesucristo está referida y creida aún por la filosofía; y no puede ser racional negarla—su pasión dolorosísima excede con mucho á lo que puede naturalmente sufrir el hombre sin morir en la desesperación,—su muerte no revela debilidad ni desfallecimiento, se verificó dulce y tranquilamente perdonando á sus verdugos y como un sacrificio ofrecido voluntaria y libremente á su Eterno Padre.